

BERLÍN, 15 de Marzo de 1849.

Mi querido Conde: Os doy un millón de gracias por el celo que mostráis teniéndome al corriente de los acontecimientos. Otros me escriben, pero ninguno posee las eminentes cualidades que os distinguen: la seguridad en el golpe de vista y la imparcialidad en el juicio. Hoy me propongo hablaros del estado de los negocios en Prusia y Alemania, y expresaros con toda sinceridad mi opinión acerca de este grave asunto.

He tenido la honra de ser recibido por el Rey, y por cierto con la más extremada benevolencia. Le hablé de cierto servidor leal y estimadísimo que tiene en Madrid, y luego comprendió naturalmente de quién le hablaba. Su Majestad me hizo entender el afecto que os profesa, del cual podéis estar orgulloso. Aunque la conversación duró una media hora, sólo versó sobre cosas genéricas. Sin embargo, hallé ocasión favorable para elogiar los sentimientos monárquicos de las poblaciones rurales, y me permití decirle: "Por más que sea evidente, me atrevo, no obstante, á observar á Vuestra Majestad que le sería perjudicial entregarse á una excesiva confianza. Las poblaciones rurales no pueden por sí solas salvar al Trono; es necesario que el Trono se salve á sí mismo, reprimiendo los excesos de los demagogos y castigando enérgicamente á los traidores."

"Tenéis razón, tenéis razón,"—me respondió el Rey.

Creo que no le ha desagradado mi atrevimiento.

El Cuerpo diplomático me ha acogido del modo más lisonjero. He visto á M. Nothomb y á M. Meyendorff; con este último, á quien miro como el hombre de más mérito que aquí hay,

estoy en relaciones íntimas. Di también vuestra carta á M. de Savigny; la que escribisteis al príncipe Guillermo es la única de que no he hecho todavía uso; no está en Berlín. Vengamos ahora al terreno de la política: seré muy breve, pero al mismo tiempo muy claro y explícito.

No creo que la situación de Luis XVI, al principiar la revolución francesa, fuese más grave de lo que lo es en este momento la situación del Rey y de la Monarquía prusiana. La democracia alemana, que ha tenido por instrumentos á la Cámara constituyente de Kremsier, á la de Berlín, y hoy á la de Francfort, ha escogido por víctima al rey de Prusia. Sueña con proclamar y establecer la unidad demagógica en Alemania. Quiere hacer que secunde sus intentos, se propone cegarle desde luego para perderle después; con este fin se esfuerza á parecer humilde y modesta y á fingir sentimientos monárquicos. Oculta su propia bandera bajo el estandarte imperial; pero á partir del día en que el Rey haya aceptado la corona imperial, sus aliadas, Austria y Rusia, le abandonarán; la demagogia le precipitará del trono y cortará su cabeza para proclamar la República, que es el término secreto de sus esfuerzos. Tal ha sido siempre el plan de la democracia alemana. Pero acaba de producirse un hecho importante que va á precipitar el curso de los acontecimientos.

Me refiero al soberbio golpe de Estado que ha dado el emperador de Austria, quien tiene la rara dicha de estar servido de políticos verdaderos. Examinad la Constitución austriaca; os parecerá, á primera vista al menos, tan liberal como las demás; pero estudiarla más detenidamente, y comprenderéis que contiene el principio del absolutismo puro y sin mezcla.

En primer lugar, esa Constitución es definitiva, es decir, no es necesario que la revise el poder legislativo ni que tenga desde luego los caracteres todos de una ley perfecta y permanente. No se puede proclamar por modo más explícito la soberana independencia del Emperador, y rechazar al mismo tiempo de modo menos equívoco la soberanía popular.

Y lo que todavía es más grave: los términos mismos de la Constitución, sus diferentes disposiciones, no tienen fuerza ejecutiva sin la promulgación de ciertas leyes orgánicas de las dietas provinciales; la promulgación de estas leyes corresponde sólo al Monarca, y mientras que no las promulgue el Soberano, la autoridad absoluta es del mismo Soberano. Lo cual significa expresamente que el Emperador es dueño de continuar siendo absoluto todo el tiempo que quiera. No se ha dado jamás en Europa otro golpe de Estado, ni más hábil en la forma, ni más radical por sus consecuencias.

Hay otra cosa no menos importante: la Constituyente de Francfort ha declarado en calidad de principio que el Soberano cuyos Estados se compongan de provincias alemanas unas, de nación diferentes otras, no podrá modificar su situación estableciendo entre ellas otros lazos y otra unidad que los que resulten de ser gobernadas por el mismo Príncipe. Ha acordado, además, que no podrá abolir las aduanas entre las provincias.

La Constitución del Emperador, por el contrario, proclama la unión política de todos los pueblos del Imperio y suprime todas las aduanas interiores.

Creo, pues, que esta Constitución es una ciudadela que desafia los asaltos de los demagogos y de los unitarios alemanes.

Así lo ha comprendido, por lo demás, la Asamblea de Francfort, la cual, para prevenir la ruina de sus esperanzas, se ha visto en la necesidad de apresurar su fin, aprobando inmediatamente la famosa proposición comunicada al punto al Gobierno por telégrafo: se trata nada menos que de aceptar inmediatamente la Constitución imperial que confiere al Rey de Prusia la dignidad de Emperador hereditario.

Nunca atravesó Europa otra crisis más formidable. Espero aún, sin embargo, que la Asamblea de Francfort no se atreverá á dar el paso decisivo; mas si tuviese tal atrevimiento, me complazco en creer que el rey de Prusia rechazaría con horror la funesta corona que se le quiere ofrecer.

Su aceptación haría inevitable la guerra general: ni Austria, ni Rusia, ni Francia, ni Inglaterra, consentirían jamás en el nuevo Imperio; si esas potencias no han protestado todavía, es porque creen irrealizable el proyecto. Proclamado el Imperio, protestarían y harían la guerra. El Rey de Prusia estaría, pues, en guerra con el mundo entero, y dichoso él, mil veces dichoso, si no hubiese de luchar sino con los enemigos de fuera. Veréis entonces á los demagogos alemanes, para continuar el drama, arrastrar por el lodo el trono imperial que ellos mismos erigieran.

Hoy, por tanto, la sinceridad de la unión íntima y cordial con Austria y Rusia es más imperiosamente necesaria que nunca; ésta es la sola política que puede salvar al Rey. Pero ¿tendrá á alguno bastante adicto que se lo diga? Ya lo veis, querido amigo; las circunstancias son graves en extremo.

¡Qué Dios guarde y proteja al mundo y al Rey!

Soy siempre vuestro afectísimo amigo,

E. M. VALDEGAMAS.

---

BERLÍN, 30 de Marzo de 1849.

Mi querido Conde: He tardado en contestar á vuestra carta del 10 esperando la conclusión del asunto de Francfort. El desenlace no es otro que el establecimiento del Imperio y la proclamación del rey de Prusia por Emperador; pero todo esto es sólo artificio y mentira: tal Imperio no tiene de Imperio más que el nombre; es una verdadera República. Según la Constitución, el Emperador sólo tendrá el veto suspensivo, y la Asamblea será elegida por sufragio universal y directo. Para

ser uno á la vez elector y elegible, le basta nacer alemán. Sé de buen origen que la misma razón aconseja al Gobierno prusiano aceptar lo que le proponen y rehusarlo. Teme que su aceptación suscite diferencias con los demócratas, y que de su negativa se originen dificultades políticas. En esta situación, y bajo pretexto de asegurar garantías á los intereses comerciales, alega la necesidad de obtener el asentimiento de los Príncipes alemanes. Pero el caso está previsto por los demagogos, que cuentan con el consentimiento de los Príncipes mediante la presión de las Asambleas respectivas de sus Estados. Y lo más grave es que la conmoción general de Alemania hace casi imposibles estas esperanzas.

Hemos visto, mi querido amigo, representar en el teatro la comedia de Molière, *Le Médecin malgré lui*; creo que estamos próximos á ver en Alemania una tragedia cuyo título será *L'Empereur malgré lui*. Se anuncia que de hoy á mañana será presentada en la Cámara una proposición para obligar al Gobierno prusiano á que acepte esta corona de espinas.

Sé por otra parte, y ya comprenderéis la importancia de esta noticia, que Rusia no juzga conveniente intervenir. Cree que su intervención complicaría la situación, y que lo mejor que puede hacer es dejar á Alemania obrar y librarse ella sola de este peligro; Austria, ciertamente, después de haber resuelto con felicidad la cuestión italiana, y en vísperas de componer sus diferencias con Hungría, podrá disponer de un ejército considerable. Pero es de creer que se entenderá con Rusia, y se contentará con amenazar y permanecer por el momento á la expectativa. Todo esto es muy serio y triste.

Preveo en Alemania y en Europa grandes catástrofes; así, los negocios públicos me inspiran tal repugnancia que estoy resuelto á retirarme dentro de poco á un rincón cualquiera para vivir con mi familia, y con mis amigos y mis libros.

Os estoy muy agradecido por las noticias que habéis tenido á bien comunicarme sobre la situación de la infeliz España, donde la tranquilidad es casi milagro; pero ¿durará mucho?

Los milagros desgraciadamente no duran mucho tiempo.

Adiós, mi querido Conde; sabéis cuánto es mi afecto á vos y cuánto os aprecia vuestro amigo,

E. M. VALDEGAMAS.

---

BERLÍN, 3 de Abril de 1849.

Mi querido Conde: Acabo de recibir vuestra atenta carta, y me apresuro á decirle cuánto le agradezco, en mi cualidad de español, las noticias que habéis tenido á bien facilitarme.

La alianza con Rusia podría librar á mi país de las garras de Inglaterra, esa eterna instigadora de revoluciones. Por lo que hace á la intervención de Roma, no me desagrada que el Gobierno español tenga un motivo plausible para no pensar en ella; pienso como vos, que no habría podido conseguir su propósito y que esto contribuiría á su caída.

Puedo aseguraros que el rey de Prusia ha comprendido perfectamente que la corona imperial será para él corona de espinas. Sé á propósito de esto una cosa que no he dicho á mi Gobierno, pero que os confiaré á vos.

El Rey, al recibir al nuevo ministro de Austria, le dijo:

“Vuestro Soberano tendría mil veces razón en declararme la guerra si yo me rebajase hasta el punto de aceptar la corona imperial de tales manos.”

El diplomático austriaco respondió:

“Mi Soberano no declararía por esto la guerra á V. M., que sólo reuniría en este caso dos coronas para perderlas á la vez, pero, obrando como fiel amigo, el Emperador haría por colocar en la cabeza de V. M. la corona de sus padres.”

Sé que esta conversación es rigurosamente auténtica. Sin

embargo, la Constituyente de Francfort no olvida su plan, que consiste en obligar á los Príncipes alemanes, por la acción de las Asambleas, á que den su adhesión. Ya la Cámara prusiana votó ayer un mensaje al Rey para decidirle á aceptar la corona.

Brandebourg, que ya sabéis es muy pundonoroso, contestó que S. M. no aceptaría nada sin haberse puesto de acuerdo con los Príncipes alemanes, y hoy mismo el Rey ha respondido en iguales términos á una diputación que ayer llegó de Francfort.

Sin embargo, insisto en que la Constituyente no desmaya por esto, sino que insiste en imponer á los Soberanos la sujeción á Prusia, sublevando contra ellos á las Asambleas.

La necesidad de la alianza entre Austria, Prusia y Rusia se hace sentir más cada día, aunque no parece aún próximo el día en que se verifique. Los principales obstáculos provienen del Gobierno prusiano, cualesquiera que sean, por otra parte, sus propias aspiraciones respecto de este particular, si él calla, es porque teme á los demagogos. No advierte que los demagogos no le guardarán consideración alguna, ni que lo derribarán tarde ó temprano si se fia únicamente de sus fuerzas. ¿No se encontrará á nadie que persuada al Rey y á los Ministros á que esta alianza es la única salvación del Estado?

Todos los elogios que me habéis hecho de M. d'Osson y de M. Nothomb son ciertamente fundadísimos. Ambos me honran con su amistad, á la que yo correspondo sinceramente. Sin embargo, os diré que Meyendorff está ante mis ojos muy por cima de ellos.

Siempre vuestro,

E. M. VALDEGAMAS.

BERLÍN, 22 de Abril de 1849.

Mi querido Conde: Celebro la ruptura de las negociaciones con Lord Palmerston: un embajador inglés en Madrid, sería seguramente la explosión de la revolución en España. Prefiero que las cosas permanezcan en tal estado mientras gobierne en Inglaterra ese hombre tan funesto para España y para Europa. Por otra parte, estoy persuadido á que tal situación no será duradera. Ya os he dicho la verdadera causa que me ha decidido á aceptar el puesto que ocupo en Berlín; el venir aquí me ha parecido una manera honrosa de alejarme de España, donde creo inevitable un cataclismo. Si hubiera de presenciar ahí alguna catástrofe — y hoy la veo cierta, — desearía no asistir en ella como testigo impotente. ¡Dios sabe cómo y cuándo ocurrirá esto! El cansancio, la irritabilidad ó la muerte de Narváez, podrían igualmente causarla; la explosión puede sobrevenir mañana ó dentro de algunos años, pero vendrá.

Creo ciertas las proposiciones al conde de Montemolín, tanto más cuanto que no son nuevas. El año último, y en la misma época, fueron formuladas en términos semejantes, y, como ahora, fueron también rechazadas. Tengo esto último por verdadera desgracia. ¿Será acaso ahora el Príncipe más avenible después de su derrota? ¡Dios lo quiera! Pero, á decir verdad, dudo que las complicaciones interiores modifiquen de un lado la manera de ver del Pretendiente, y ayuden, de otro, á la pacificación de Cataluña. ¿Se creará por esto á Narváez menos necesario? Si la negociación ha de fundarse sobre otras bases, no se llegará, como no se ha llegado otras veces, á nada definitivo.

Voy á daros una noticia grave que os libraré de una inquietud molesta, por más que no disipe el temor que os inspira lo porvenir. El Rey se ha negado definitivamente á aceptar el Imperio y ha rechazado su Constitución. Tal era por otra parte, su constante propósito, según resulta de su conversación con el ministro de Austria. Lo que á vos os inquietaba era, no tanto los sentimientos como el lenguaje débil, equívoco y frecuentemente ambiguo del Gobierno. Hoy, por fin, el conde Brandebourg y el conde de Arním se han conducido como hombres de seso y de carácter.

La declaración prusiana implica la disolución de la Asamblea de Francfort. Austria ha ordenado á sus diputados que se salgan. Noventa y siete, de ciento diez, han obedecido. Prusia va á dar á sus diputados las mismas instrucciones, y su ejemplo será seguido por Baviera. Resultará que la Asamblea de Francfort, mermada en diputados austriacos, prusianos y bávaros, no contará, según su propio Reglamento, con número bastante para deliberar y resolver. Disolveráse, pues, de hecho y de derecho. A pesar de esto, querido amigo, no os dejéis llevar todavía de esperanzas que podrían no ser otra cosa que ilusiones—las ilusiones nos pierden,—y no creamos aún la curación de un enfermo que no se encuentra por el momento fuera de peligro. La cólera demagógica anima hoy á todas las Asambleas alemanas. Para no citar más que un ejemplo, la segunda Cámara prusiana votó ayer mismo que la Constitución de Francfort es la ley política fundamental de toda Alemania.

Pero la agitación de las Asambleas carecería á mis ojos de importancia si yo supiera que Austria y Prusia se sostenían mutuamente. Austria quiere el *statu quo* ó el directorio que sabéis, con la presidencia alternada. Prusia, por su parte, á pesar de renunciar al Imperio y á su Constitución, quiere entenderse con los Príncipes para establecer un Estado federal, que no se llamará *Imperio*, pero que será designado con otro nombre, al cual se le dará por jefe al Rey, con un título que no será el de *Emperador*, aunque su sentido no se distinga del de él. Siendo

incompatibles las pretensiones de Prusia y de Austria, es posible, sin embargo, que la inminencia del peligro las mueva á dejar sus respectivos puntos de vista para darse las manos; por el momento, tan distantes están de hacerse la guerra como de ponerse de acuerdo. Pero los síntomas del porvenir no son tranquilizadores.

La guerra en Hungría causa verdadera inquietud, hasta tal punto que creo ocupará á Austria durante algunos años. En los últimos tiempos, la insurrección ha tomado tal carácter de nacionalidad que, en mi opinión, no fué nunca más popular el carlismo en las provincias vascas que lo que lo es hoy el *magyarismo* en Hungría, el cual lleva ya siete años de duración. El ejército húngaro, numeroso, aguerrido, mandado por buenos Generales, es el ejército de la demagogia europea. Una batalla perdida sobre el Theiss nos costaría más que lo que pudieran valernos diez victorias en Italia. Si el ejército húngaro consigue una victoria decisiva sobre el imperial,—cosa que es hoy más probable que la contraria,—deberemos temblar, porque en un abrir y cerrar de ojos estallarán levantamientos en Polonia, en Alemania y en toda Europa. Rusia sólo podrá librarse de esto; mas para alejar de ella el contagio no bastará que ocupe dos ó tres ciudades con diez ó doce mil hombres; serán necesarias medidas más enérgicas. ¿Se atreverá á tanto mientras Lord Palmerston esté al frente de los negocios? Esta es la cuestión.

Como veis, á pesar de la dispersión de la Asamblea de Francfort, á pesar de la renuncia de Prusia al Imperio y de las derrotas de la demagogia en Italia, la situación de Europa es todavía muy crítica. No nos entreguemos, pues, á grandes esperanzas, ni nos dejemos tampoco abatir por excesivos temores, sino confiemos en la Providencia, que tan visiblemente tiene en sus manos las riendas del gobierno del mundo. Nunca me han parecido los hombres más pequeños que ahora; cuando quiero mirarles, apenas les distingo con el microscopio.

Siempre suyo,—VALDEGAMAS.

BERLÍN, 3 de Mayo de 1849.

Mi querido Conde: Los últimos acontecimientos de Hungría os habrán demostrado hasta qué punto tenía razón para dirigir por ese lado mis inquietudes. Austria no puede resolver sola esta cuestión, que es, á la verdad, cuestión europea. Si el ejército magyar y polaco vence, el mundo está perdido sin remedio. Afortunadamente no llegaremos á este caso merced á cien mil rusos que, á la hora que os escribo, deben haber entrado ya en Hungría y en Transilvania, dejando de reserva en las fronteras más de cincuenta mil hombres.

Mi único intento al escribiros hoy, es regocijar vuestro corazón con una buena noticia, la mejor posible para vos.

Rusia, Prusia y Austria se han unido en estrecha alianza, la cual acaba al fin de ser sellada. Rusia ha resuelto asociar su acción á la de las otras dos potencias, y sus ejércitos están á su disposición. Si Prusia necesita cien mil hombres para ocupar el Gran Ducado de Posen y poder utilizar sus propias fuerzas, este socorro le está asegurado. El emperador Nicolás comprende claramente que, ayudando á Prusia y Austria, se ayuda á sí mismo; el Gobierno austriaco y el prusiano saben, por otra parte, que sólo una unión íntima puede preservarlos de ser devorados por la Revolución. Esta no se halla precisamente en la superficie, sino en el corazón mismo de la sociedad, de donde no hay fuerza humana que sea poderosa á expulsarla.

Queda por saber ahora cómo apreciará Europa esta nueva alianza de las potencias del Norte, y principalmente la intervención directa de Rusia en los asuntos de Alemania. Es posi-

— 669 —

ble, ya que no probable, la guerra general; en este caso resultaría el bien del mismo mal.

No diréis, pues, querido Conde, que no me apresuro á daros buenas noticias. Guardad sobre este asunto el silencio que aconseja una prudente reserva.

La salida del conde de Arním, que acaba de dejar el Ministerio, es vivamente sentida por el Cuerpo diplomático todo y por mí en particular. Este acontecimiento, desde el punto de vista político, carece de importancia, pues no implica variación alguna política. La salida del Conde será seguida de la de algunos de sus colegas.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

BERLÍN, 9 de Junio de 1849.

Mi muy estimado Conde: Hace mucho tiempo que no os he escrito; aun ahora sólo tomo la pluma para aseguraros que mi silencio no significa olvido, sino que nada ocurre de nuevo. Esto no quiere decir que no sobrevengan sucesos, sino que son de tal naturaleza que los periódicos los entregan á los cuatro vientos del mundo antes que las cartas hayan tenido tiempo de llegar. Me propongo manifestaros, por el momento al menos, lo que los periódicos callan porque lo ignoran; desde hace algún tiempo, por otra parte, nada hay que sea especialmente de notar en la cosa pública.

Ya conocéis la situación de Prusia, en cuyas manos han colocado decididamente las circunstancias la dictadura de Alemania, la cual puede ejercerse ciertamente en la Alemania septentrional y protestante, bien que Prusia quisiera establecerla además en el Mediodía, en lo cual yerra á todas luces; el Mediodía no será nunca prusiano; permanecerá siempre austriaco